

UNA ESTRATEGIA NO PREVISTA

PARIS.—Música religiosa de rigor el martes, al anunciar la radio y la televisión la muerte del presidente Pompidou; madrigales, el miércoles, aunque ya se oyó, a finales de la mañana, el «Concierto número 3 para piano y orquesta», de Beethoven; el jueves apareció el «jazz»; el viernes se oyeron las canciones de siempre, y el sábado, día de luto nacional, se volvió a la música religiosa. Un luto nacional bastante tardío y corto, sobre todo si tenemos en cuenta que otros países dedicaron tres días al presidente francés. Aquí, uno y sábado. Los gaulistas puros hubieran querido imitar a los brasileños, pero tropezaron con el veto del ministro de Finanzas, Valéry Giscard d'Estaing, que no quería perder ni un día de trabajo, y con el del presidente del sindicato de jefes de empresa, François Ceyrac, nada dispuesto a que se pagaran tres días improductivos a los empleados y trabajadores.

Volviendo a la música, nunca este arte estuvo tan claramente al servicio de la política como en esta ocasión. Se trataba de desdramatizar progresivamente la situación creada por el anuncio brutal de la muerte de Pompidou, y también, preparar a la gente para presenciar el inesperado y un tanto indecente espectáculo de los supervivientes del gaulismo lanzados sobre la herencia: apenas había terminado la misa gregoriana en la Iglesia de Saint Louis en L'Ile (última voluntad), y quizá no hubiera terminado aún cuando Chaban Delmás se proclamaba candidato a la presidencia de la República, ganando por media rueda a Edgar Faure (otro miembro de la familia), y dejando en la línea de salida a Giscard d'Estaing, indeciso entre salir o quedarse. «Es indecente pronunciarse ahora», dijo, reservando su declaración para más tarde, según se presente un sondeo de opinión que encargó a una empresa especializada.

El mérito del alcalde de Burdeos en esta salida fulgurante no es, en verdad, excepcional: ahora se vanagloria de «saber desde hace dieciocho meses» que la enfermedad de Pompidou era mortal, y se dice que ya tenía preparados los clichés para los carteles electorales, así como los «slogans» y unas oficinas en París con un equipo dedicado exclusivamente a poner en marcha la máquina electoral en caso de vacante.

Los franceses están atónitos. Ven el mundo político al revés. La izquierda, que en 1969 había presentado cuatro candidatos (Rocard, Duclos, Defferre y Krivine) se contenta ahora con uno solo (François Mitterrand), y los gaulistas, cuya fuerza fue siempre la unión, tienen ya tres (Edgar Faure, Chaban Delmás y Christian Fouchet). Y los tres son más bien residuos de la IV República que productos del gaulismo, como por ejemplo, Jacques Chirac o Charbonnel. El gaulismo, después del general y su sucesor, Pompidou, no presenta a un hombre propio para continuar la obra de De Gaulle.

¿Quiere decir esto que se va a reproducir la primera parte de lo de Chile? Los optimistas de izquierda cuentan con que Mitterrand consiga más del 50 por 100 de votos en la primera vuelta; en caso contrario, el centroderecha presentaría un candidato único para la segunda.

Si escribo sobre la campaña electoral es porque ésta ya empezó oficialmente. Se la hicieron abrir al propio Pompidou, difundiendo, de todos los discursos y conferencias de prensa que pronunció y celebró a lo largo de su vida pública, los pasajes en los que ataca a François Mitterrand y a la izquierda en general. Algún senador ya protestó por estos montajes, que confirman a Pompidou, más allá de la muerte, como el presidente de una parte de los franceses.

No extraña, tras todo lo antedicho, que tres días después de la emoción suscitada por esa muerte súbita, los franceses hayan aceptado la aparición en los quioscos de un número particularmente irreverente e insolente de «Charlie Hebdo» (semanario satírico): «Nunca más esto», reza la portada, que muestra el rostro de Pompidou hinchado y desfigurado. Luego, una gran diversidad de chistes, dibujos e historietas sobre las distintas clases de hemorroides mortales. Se consiguió la desdramatización. La ceremonia religiosa celebrada en la catedral de Notre-Dame se hizo sin fasto («sin báculos ni mitras», según sus últimas voluntades), pero se convirtió en una atracción sabatina por el número de famosos que acudieron de todos los países: más de cincuenta presidentes o jefes de gobierno. Nixon, Podgorny, el duque de Edimburgo, Grace y Rainiero de Mónaco no se ven juntos todos los años. La verdad es que tampoco se vieron fácilmente en París: más de cinco mil policías ocupaban las aceras y las calles, desde sus residencias hasta Notre-Dame. El público estaba equipado con teleobjetivos, periscopios o gemelos, pero los más realistas seguían los actos con transistores. Un anciano, a la altura del Pont Neuf, lloraba amargamente: le habían robado la cartera.

Mientras tanto, dentro de la catedral, la coral entonaba «La Pasión según San Mateo», de Juan Sebastián Bach. El cardenal Marty, al final de la misa, acompañó hasta la puerta al presidente de la República interino, Alain Poher. Y, a unos quinientos kilómetros de allí, en el pueblo de Nourroy le Sec, el párroco acababa de negarse a decir la misa en memoria del fallecido presidente de la República. Según él, la política y la religión no deben mezclarse. ■ RAMON CHAO.

Los
Contem
pora
neos

LOS ANDRAJOS DE LA PURPURA

La naturaleza, decían los antiguos, tiene horror al vacío. ¡Horror vacui! La política es una multiplicación de la naturaleza. Su terror al vacío es indecible. Apenas hay un cargo vacante cuando mil políticos corren a ocuparlo. Es tal su tropismo, que cuando no hay cargos vacantes tienden a vaciar alguno para poderlo

ocupar. Como el horror al vacío de los de dentro es igualmente fuerte, no se dejan; y en esta lucha está, en realidad, la clave de toda política en los países civilizados.

Apenas muerto Pompidou, cálido su cadáver, una docena de «streakers» se han lanzado por las calles de París para llegar desnudos al palacio del Eliseo y colocarse la chistera, la banda y la levita. Nombres ilustres y jóvenes advenedizos, caballeros con la prosopopeya propia de la derecha, adolescentes impetuosos del «gauchisme», algún alevín de fascista, presentaron sus candidaturas públicamente antes de que el cortejo fúnebre recorriese las calles de París. Demasiado impudor, se dice en la prensa francesa.

Podría encontrarse, por el contrario, un exceso de celo y una sublime decisión de sacrificio. Los discursos fúnebres, los editoriales, están recordando los sufrimientos de Pompidou, la soledad y la amargura de De Gaulle, la áspera vida de su predecesor vaciado, Coty. Se escribe que el poder es un dolor continuo, un aislamiento sin remedio. Un calvario. La velocidad con que los candidatos tratan de recorrer este vía crucis de la política puede hacer pensar que Francia es un país repleto de víctimas voluntarias, que tratan generosamente de evitar a cualquier otro de sus compatriotas este martirio, esta crucifixión. Que la política es el campo de los héroes civiles.

Alguien —un apocalíptico— dijo una vez al presidente De Gaulle que tras su desaparición se abriría un vacío. «Un inmenso vacío», se dice siempre, con una frase soberanamente imbécil, porque el vacío no es ni grande ni pequeño: no es nada, es vacío.

Y el sabio respondió: «Lo que yo temo no es el vacío, sino el exceso» (le trop plein). Curiosa paradoja póstuma, la del General. Por miedo al exceso de la política, a lo que él consideraba una multiplicación insensata de las opciones, trató de paralizar el conducto normal en Francia de una democracia lejanamente estableci-

da y que, en ese país, no había producido resultados demasiado malos, o por lo menos no tan malos como los que había producido en otros países —Alemania, Italia— la autocracia. Es decir, los partidos políticos.

Cuando se trata de anular los partidos políticos en un país, se tiende siempre a la creación de un partido único. Otro disparate semántico, el de partido único: no se puede ser al mismo tiempo un todo y la parte de ese mismo todo. De Gaulle noapuró este extremo. Los partidos políticos subsistieron difícilmente, dentro de una asamblea con las alas recortadas, en la que impedía un partido que, sin ser único, tenía los resortes del poder único. Para hurtarle nombres —aunque los haya ido teniendo— se le llamó «la mayoría». Y la paradoja viene aquí: privados de su función de partidos, de su pluralidad de opciones, de sus matices, como medios de influencia en la vida política del país, los viejos partidos tendieron a unirse. Estaban perdiendo, por los filtros políticos del General, sus reflejos diferenciales. En cambio, la mayoría —una lección de Lenin cuando llamó «bolchevique», mayoritario, a su partido, que todavía no lo era, y mencheviques, o minoritarios, a sus adversarios, que sí lo eran—, confortada con la posesión de los resortes del poder, comenzó a disgregarse. Y así sucede ahora, que aún de cuerpo presente el delfín del General, la oposición de la izquierda —los partidos malditos— se presenta unida —unida por la adversidad, unida porque fue arrojada a una oposición sin salida, unida a la fuerza—, y la mayoría aparece dividida: cada uno quiere tirar para sí de los jirones de la vieja túnica. Los andrajos de la púrpura, que decía Benavente. ■

POZUELO